

## PERDICES ROJAS

Marcellus Wallace

Soplaba un norte tan frío que cortaba las piedras de las montañas. Fíjese, *Machado*, si la mañana era helada, que al no sentir respirar a Lolita, a mi lado en el camastro, pensé que se me había muerto. Asustado, la zarandeé, y me contestó con un gruñido. El bebé que cobijaba en su caliente pecho, a quien hace dos días llamamos José Luis, por mi padre, comenzó a llorar, pidiendo leche.

- Tengo mucha hambre, Celes – dijo Lolita, con un hilo de voz.

La *mi* pobre lo pasó mal en el parto, o eso me dijo la matrona. Llevaba desde entonces sin moverse de la cama, pálida como un *quesuco*, sin dejar de abrazar y dar el pecho mi primer hijo.

Sus carrillos apenas llenaban su rostro, y donde antes hubo mejillas, había ahora dos pequeñas hondonadas, como si el estómago quisiera absorber su propia carne.

- Iré al monte a por perdices– dije, envolviéndole con mi brazo, tratando de aportarle algo de mi calor.

No hay comida, *Machado*, ni en Molledo ni en Bárcena. Ni en Silió queda un mísero huevo. Las gallinas han sido ya todas pasadas por la olla, y hace cuatro años ya que mataron al último cerdo, cuando llegaron al pueblo los nacionales. Pero tampoco había cuando aquí mandaron los rojos.

Ya sabes tú, *Machado*, que yo de política, ni fú, ni fá. Ni entro ni salgo. Lo decidí el día que mataron a mi padre por decir lo que pensaba, y no entregar a aquellos guerrilleros los quesos que le pedían. ¡Bueno era mi señor padre! Yo me encontraba en Bejes, trabajando en una hacienda, y mantuve mi postura cuando en el pueblo me preguntaron si quería salir con ellos, y perseguir a “los del monte”. “¡Pero te lo han matado!”, me decían, como si yo no lo supiera. Y por eso me fui, porque nadie entendía que hasta entonces, la política sólo me

había traído muerte. Volví a Molledo, comencé una nueva vida, y aquí estoy, escribiendo a quienes me la quitaron. Cosas, supongo, que quizás pasen a ser comunes en esta nueva España.

Escasea la caza en estos meses de hambre y frío. Menos mal que Miguelín Delibes, el hijo del catedrático, y mi compañero de aventuras durante aquellos días de infancia, tan lejanos, me confesó hace muchos años un secreto que nunca podré pagarle. A él se lo contó el Tiñoso, antes de matarse en el río. Resulta que, en las altas praderías que rodean Aguayo, aquellas desde cuales, en los días claros, pueden verse los páramos de Valderredible, duermen cada noche miles de perdices rojas. Miguelín me dijo, con esa buena palabra de la que siempre presumió su padre, que sólo había que llegar allí antes del alba, emboscarse junto a las charcas, y las aves aparecían. No pocas veces me han salvado aquellas perdices durante la guerra, y me dicen las entrañas que lo seguirán haciendo, si quiero que Lolita pueda seguir echando carne al cocido.

Tomé el camino que lleva a Aguayo, entre hayedos y grandes robles, y aún no me había sorprendido el alba cuando arribé, junto con *Tiza*, mi fiel perra, a las altas praderías que rodean la peña del Mojón, que mira al valle del Ebro. Allí nace el arroyo del mismo nombre, formando pequeñas charcas. Me aposté en una pequeña arboleda que seguía el curso del arroyo, tumbé a *Tiza* a mi lado, y le acaricié el lomo para que permaneciese tranquila.

Tensé los músculos. El estómago me rugía. El invierno se acerca, y te digo, *Machado*; no vengáis tú y los tuyos a mi casa pidiendo comida: sólo el cuero de los cinturones podré darte. Si me arriesgo a subir al monte, con la Guardia Civil merodeando, buscándote a ti y a los tuyos, es porque mi Lolita se me muere de hambre.

Las perdices despertaron en cuanto los primeros rayos de sol golpearon las lomas. Eran muchas, quizás medio centenar, y salían de entre las altas hierbas, sedientas tras la fría noche, dirigiéndose a la carrera hacia las charcas que formaba el recién nacido arroyo, sin dejar de piar.

Agarré la carabina, y apunté. Sentí los nervios de *Tiza*, ansiosa. El olor a ave despertó mi instinto. Doble los labios, listo para soltar el silbido que lanzaría a la perra tras la presa. Cogí aire...

De pronto, se alzó un fuerte batir de alas que me recordó a los tiroteos del frente. Una pequeña nube negra, compuesta de picos y plumas, se elevó por los aires. Cogido por sorpresa, disparé como pude. Acerté a dos pájaros, y solté un exabrupto. *Tiza* ladraba como una loca, y saltó al otro lado del arroyo, donde unas gruesas rocas interrumpían la monotonía de la pradería. Allí siguió ladrando, hasta que me acerqué, intrigado por saber qué había visto la perra, y me había asustado a las perdices. Pero antes de poder acercarme, escuché una voz.

- ¡No disparen, por favor, no disparen! Estamos desarmados.

Tras las rocas aparecieron un hombre, una mujer y dos niños, vestidos muy pobremente, con las ropas raídas, y los zapatos agujereados. Me miraron con ojos húmedos y suplicantes, pero también sorprendidos. Debían esperar encontrarse con la Benemérita. No dije nada; únicamente contemplé sus sucios petates, sus rostros escuálidos, su mirada desesperada.

- Buscamos a los del monte – dijo el padre, con la voz temblorosa, sin dejar de mirar la escopeta que mis manos, húmedas por el rocío mañanero, sujetaban firmemente.

Fue como si las perdices, en su apresurada huida, se hubiesen llevado consigo los sonidos del mundo. Ni un pájaro trinaba, ni croaban las ranas, ni se oían a lo lejos los cencerros del ganado. Nada. Pero aquellas miradas desesperadas de los infelices refugiados que, arrebujados en sus harapos y enseres, me dirigían, emitían la vibración de cien grillos en una noche cálida de verano. *Tiza* no se separaba de mi lado.

- Marchad hacia la Liébana. Pero aún estáis lejos, y hay puestos de la Guardia Civil en las Hoces, y en Pesquera. Caminad por los altos, siempre hacia el oeste, y siempre de noche.

Y les señalé las lejanas cumbres de los Picos de Europa, que se recortaban en el oeste, cubiertos por un manto níveo.

Nadie más que a tu, *Machado*, sabe de esto. Recuerdo ahora aquello que me dijiste una vez; que la posguerra sería peor que la guerra, pues ahora sólo matarían unos. Aquellos niños desnutridos tenían en su rostro pintado el desconcierto, mientras que sus padres escapaban claramente de una muerte anunciada. ¿Sindicalistas? ¿Antiguos soldados? Quién sabe. Inocentes sin duda, y por otro lado, seguros culpables. ¿Por qué huían? ¿Acaso eran comunistas? No lo parecían aquellos dos párvulos de finas piernas, y cuencas hundidas que seguían a sus padres huyendo de las balas de los guardias civiles.

Espero que estén ya contigo, *Machado*, y que tú, *Juanín*, y los tuyos les tengáis en buen recaudo. Yo solo he actuado cristianamente, pero te ruego quemes esta carta una vez sea leída. Tengo un hijo, y las cosas ya no son como antes.

Descendí luego al pueblo como alma en pena, con dos únicas perdices el zaguán, y no miré a nadie. Esta carta que te escribo se la entregaría horas después a *Manolín*, el del molino, quien sé, como todo el pueblo, que os da harina. Los desnutridos rostros de aquella familia permanecían grabados en mis retinas, en mis nervios, y en mi corazón. No podía apartarlos de mi mente, y una y otra vez, el rostro de aquel padre se transformaba en el del mío, mirándome con aquellos grandes ojos de sabueso, surcados de las ojeras que produce la vida en la cuerda floja, las tribulaciones, y el miedo a los vecinos.

Únicamente Lolita, al regresar, me preguntó qué animal había visto en el monte, pues traía cara de enfermo. “Sólo perdices rojas”, contesté; y sus ojos me dijeron que había comprendido.